



O T O Ñ O

Por GEORGES RODENBACH

Tardes de los domingos de provincia. Modorra...
Calma dominical. Visillos levantados
por ver a unos paseantes, ¿reales o soñados?
—sombras que en la pantalla el triste ocaso borra—.

Silencio de la tarde en la vasta mansión,
en el que late el pulso del péndulo aburrido:
silencio en que se escucha la tímida canción
de una lluvia de otoño que apenas hace ruido

al clavar sus agujas en las ventanas muertas.
Intento de alegrarse con ayuda del piano,
a pesar de que el viento llora bajo las puertas.
Los valsos del Casino —un eco del verano—

tienen una tristeza de flores disecadas
que cayeran de un libro. Fué inútil el intento
de escaparse del tedio de las casas calladas
al tedio de la calle llena de lluvia y viento.

¡Tristeza del domingo con llanto de campanas!
En la casa vacía el tedio nos domina
y oímos en la sombra cómo la lluvia fina
va clavando alfileres de frío en las ventanas...

El Reino del Silencio
(Trad. C. R. de Dampierre)